

cajero, que estaba parado debajo de un soportal, y le hubiera matado con los ojos si hubiera tenido en ellos poder. Así que desapareció el cupé, Joselin se alejó con la muerte en el corazón, después de arrojar una mirada á la ventana, que había quedado sumida en la obscuridad.

XXIV

EL DÍA Y LA NOCHE

A partir de aquella noche, una nueva vida comenzó para Germana, vida por partida doble.

Durante el día, la dedicaba toda entera á sus asuntos y á su ocupación en el almacén.

Por la noche, al entrar en su casa, encontraba á menudo al duque, que la esperaba.

No sorprenderemos á nadie al afirmar que ella era feliz los días en que no encontraba á nadie y podía dormir en paz como otras veces.

Germana había sido débil. Su caída había sido una sorpresa de los sentidos.

Cedió por bondad; pero cuanto más tiempo pasaba, mejor comprendía que no amaba á Rochebonne, y que, por ambos lados, la hora de la saciedad no tardaría en sonar.

Aquel desocupado, que hablaba de todo con un escepticismo sardónico; que durante su juventud se había acostumbrado á despreciar á las mujeres, porque no había tratado más que á las que

no eran honradas; ese privilegiado que tenía, á pesar de sus formas corteses, guardados todos los prejuicios del nacimiento y de la sangre, perdía cada día terreno en su corazón, á pesar de sus atenciones y la reserva delicada que le imponía la naturaleza de sensitiva y la distinción suprema de Germana.

Ella se arrepentía amargamente de haberse arrojado en sus brazos en un momento de extravío y de vértigo; pero no tenía el valor de romper unas relaciones que el tiempo se encargaría de desatar. Él, sin sentir una pasión violenta, de lo que era incapaz, gustaba mucho de su amada; conocía demasiado el mundo para no apreciar las exquisitas cualidades de esta mujer esencialmente buena y graciosa.

No hubiera retrocedido ante ningún sacrificio para asegurarse la posesión, pero la posesión fácil, cómoda, libre y sin trabas, en la casa suntuosa que la dedicase, en medio de ese lujo que es á la belleza lo que el marco al cuadro, donde hubiera podido entrar á todas horas, llevar á sus amigos y gozar con las envidias que despertase. Porque, en el amor caprichoso, la vanidad satisfecha entra por más de la mitad.

Diferentes veces trató de encaminarla para que le diese esta satisfacción.

—No puede usted comprender hasta qué punto seríamos felices— la decía él.— Se marchitará pronto con tantas fatigas. ¿Por qué persiste en su resolución?

Ella fué inexorable.

—No me quite usted mi última ilusión— respondía sonriendo.— ¡Me creo todavía una muchacha honrada! ¿Y después?

Poco á poco él fué sintiendo el peso de las trabas que le imponía; se veía obligado á emplear mil subterfugios para substraerse á sus obligaciones mundanas. Había concluído por no ir más que en coche de alquiler á la calle de la Sourdière, él, un *gentleman*.

La duquesa, muy al corriente de todas estas idas y venidas por Yago, que había cogido el hilo de esta intriga, no le hablaba de la señorita del Bazar de San Germán; pero tenía una manera de mirarle cuando la dejaba ó cuando se excusaba de acompañarla en sociedad, que le probaba que sabía lo que sucedía.

Sin embargo, redoblaba para él la gracia y la dulzura.

Había momentos en que fijaba la mirada de sus ojos húmedos y brillantes como carbunclos en la de Fernando, con el fuego del primer día de su matrimonio.

Parecía decirle:

—¿Es que no valgo más que la que prefieres?

Y, en verdad, estaba tan radiante y bella, que era cosa de preguntarse qué más podía desear un hombre vanidoso ó apasionado que aquella magnífica criatura.

La duquesa se proponía despertar el amor de su marido, reavivándolo como á un fuego apagado, del cual todavía quedan algunos carbones encendidos; pero las ternuras del duque no eran más que fuego de paja.

Sin embargo, á veces conseguía hacer brillar en sus ojos la llama del amor.

Entonces él sentía un deseo furioso de probar que él era el dueño de aquella mujer tan admira-

da y que le pertenecía; pero se resistía al primer impulso, besaba la mano de Giuseppina y se iba á reunir con Germana, mientras que por su lado Giuseppina corría á casa de la señora Storr ó al Bosque, donde estaba segura de encontrar al príncipe Pradine, que ya no se separaba de ella.

Les llamaban los inseparables. Se les veía en todas partes juntos, á caballo por la mañana, en coche por la tarde y en la Ópera por la noche.

También iban muy á menudo al Sagrado Corazón, donde Marietta Trani terminaba su educación. Marietta se había hecho una soberbia rubia; el retrato de la duquesa, con la sola diferencia del color del cabello y de las cejas.

El mismo fuego en las pupilas, la misma gracia felina, la misma elegancia.

—¡Pobre pequeña!—decía la duquesa á Pradine.—¿Quién la querrá sin dote?

Muchas veces el príncipe la había acompañado al Bazar de San Germán, en donde ella gastaba sumas locas en bagatelas, de las que no tenía necesidad ninguna. Compraba encajes de punto antiguo de Venecia, que ya no existían apenas, y que pagaba á tres ó cuatro mil francos el metro, y que lo valían; tapices de Oriente, sobre los cuales los sacerdotes turcos habían hecho sus oraciones desde hacía medio siglo; porcelanas de China, broncees japoneses, que llenaban el castillo de Rochebonne, por no tener sitio en el hotel de París.

Ó bien piezas de lienzo, telas destinadas á los pobres, y trajes que distribuía.

Cada vez que atravesaba el salón de modas dirigía á la desdichada Germana una mirada desdenosa.

El señor Perrolet había sorprendido estas miradas de la duquesa; pero no se atrevía á preguntar la causa de ellas.

Varios días se había acercado á la Caja de Josselin y había examinado el aspecto de este amante cada vez más desesperado.

Al primer golpe de vista se comprendía lo violentas que eran las penas de Josselin desde que rompiera con Germana.

Estaba completamente desfigurado. Tenía los ojos hundidos en las órbitas, enrojecidos los párpados y rodeados de un círculo negro. Su tez adquiría los reflejos de la epidermis abrasada por la fiebre.

Le surcaban la frente dos arrugas paralelas á las cejas. Estaba mucho más delgado. Casi no se ocupaba de peinarse, él, que tanto se había cuidado el cabello.

Sus camaradas se preguntaban si esta ruptura, que todos conocían, le habría hecho perder el juicio.

Galeron renunciaba á sus bromas pesadas. Además, él no era un perverso, y la fisonomía del cajero le daba lástima.

Josselin había enviado varias cartas á Germana, que ésta le había devuelto sin abrir.

Desde entonces ya no le volvió á escribir.

Germana, viéndole tan acabado y tan triste, se conmovía. Tenía compasión de Josselin; pero por orgullo no quería hablarle.

Además, tenía muy presentes las amenazas del cajero. Estaba asustada al ver su exaltación, aun cuando trataba de disimularla, pero que dejaba ver cuando la muchacha pasaba por su lado.

Se había dado cuenta de su miedo y el odio



Germana, viéndole tan acabado y tan triste, se conmovía.

aumentaba, odio tan parecido al amor y tan fácil de confundirse con él.

Un día le llevaron á la tienda una carta de una persona desconocida.

XXV

EL FIN DE UN CAPRICHO

La carta que trajeron á Josselin no contenía más que estas líneas en italiano:

«Es un cobarde aquel que, siendo engañado, pierde su amor para siempre y no piensa en la venganza».

Este aviso era de la duquesa. Bien se veía que era italiana y que en ella alentaban todas las pasiones; pero iba á tener un resultado que no había previsto.

Finalizaba en aquellos días el mes de Agosto.

Este consejo, tan conforme á la cólera sorda de Josselin, le decidió á poner en ejecución un proyecto que había trazado desde hacía mucho tiempo.

Quería matar al duque delante de la casa de Germana.

Dos días seguidos le esperó; pero el duque no fué.

¡Suerte grande! Las visitas empezaban á ser raras.

La duquesa ganaba terreno, conforme Germana lo perdía.

Rochebonne se molestaba cada vez que la muchacha se negaba á dejar su empleo.

Acostumbrado al lujo de los *boudoirs* célebres, se cansaba de ir á aquel cuarto modesto de la calle de la Sourdière, un barrio en el que no se puede vivir.

Por la noche, Germana volvía cansada de estar todo el día trabajando. El duque tenía remordimientos por abusar de la bondad que le demostraba y quitarle el descanso necesario.

Á pesar de su cansancio, siempre la encontraba con una dulzura inalterable, y al ver su desinterés comprendía que tenía que habérselas con una naturaleza privilegiada, incorruptible, sobre la que las tentaciones no ejercían ascendiente alguno.

El tercer día, Josselin tuvo que estar en la tienda hasta más tarde, y fué á casa de Germana en el momento en que el duque salía.

Le detuvo con esta palabra:

—Caballero.

—¿Quién es usted?—dijo Rochebonne tranquilamente.—No le conozco.

—Andrés Josselin, cajero del Bazar de San Germán.

—¿Qué es lo que quiere?

—Una explicación. Es usted el amante de una mujer con quien debía yo casarme, y que usted me ha robado. ¡Le aborrezco!

—Es mucho honor el que usted me hace—dijo el duque con calma;—pero ha perdido usted la cabeza. No he robado nada á nadie, quizá porque no he tenido necesidad de ello. Soy el duque de Rochebonne. Se puede ser cajero y *gentleman*. Una cosa no quita la otra. No es el nombre el que